

entre sus prisioneros á Gencio, rey de los Ilirios, y á la familia de Perseo. Cuando este le suplicó que le evitase la infamia de ser llevado tras el carro triunfal: *En tu mano está*, le contestó el vencedor; pero no tuvo Perseo valor para matarse, y adornó con su desgracia el triunfo mas espléndido que hasta entónces se había visto. Tres días duró la solemnidad: en el primero, mil doscientos carros llevaban los escudos de plata macizos, otros tantos los de bronce, trescientos las lanzas, los sables, los arcos y los dardos, precedidos de hombres con las armaduras de bronce ó con las estatuas, y seguidos de ochocientas angarillas cargadas de armas de todas clases. En el segundo día se presentaron mil talentos acuñados, dos mil doscientos en barras, una infinidad de copas, quinientos carros de imágenes y estatuas, y luego escudos de oro y muchas estatuas de las galerías reales. En el tercero se sacaron ciento veinte hueyes blanquísimos, doscientos veinte vasos de plata, una olla de diez talentos de oro, cubierta de piedras preciosas, y otras diez de alhajas también de oro; dos mil dientes de elefante de tres codos; una carroza de marfil incrustada de oro y piedras, un caballo con los jaeces cubiertos de perlas, y lo restante del arnes de oro; una cama también de oro con cobertores bordados de ramos; una litera igualmente de oro y púrpura; cuatrocientas coronas regaladas por las ciudades, y en un admirable carro ebúrneo el triunfador (1). Detrás de él iba Perseo vestido de negro, rodeado de doscientos cincuenta amigos, todos encadenados, de dos hijos y una niña, á la cual los conductores enseñaban á tender las inocentes manos al pueblo romano para invocar su compasión, ó mas bien para lisonjear su vanidad mostrándole á qué miseria podía reducir á los monarcas.

Muerte de Perseo.

Después el último rey de la Macedonia fué arrojado á un hediondo y tenebroso calabozo, donde se encerraba á los reyes hasta el momento del suplicio. Siete días le dejaron allí sin alimento, tanto que los demas prisioneros compadecidos dividieron con él la escasa comida que los carceleros les echaban en medio de las inmundicias, y le ofrecieron además un lazo y un cuchillo; pero tampoco se atrevió á renunciar á la vida. Paulo Emilio, por humanidad, ó por respeto á la desventura, obtuvo del Senado que se le trasladase á mejor residencia, donde al cabo de dos años sus guardas se entretuvieron bárbaramente en quitarle el sueño, hasta que fatigado, murió. El único hijo que le sobrevivió ganó la vida en el oficio de tornero, y después fué escribiente de los magistrados en Alba.

Poetas, historiadores, oradores, elogiaron que en el último de los Eácidas se hubiese vengado á los antepasados de Troya (2), y ensalzaron la

Triunfo de P. Emilio.

467.

464.

(1) DIODORO EN SINCELLO.

(2) *Ille triumphata Capitolia ad Alto Corintho*

gloria del gran pueblo, que humillaba á los soberbios y perdonaba á los vencidos.

### CAPÍTULO XIII

Consecuencias de la guerra macedónica.

La Macedonia, pues, no perdió la libertad, esto es, no fué reducida á provincia, siguiendo los Romanos la política adoptada en aquella empresa. La Iliria, sojuzgada en treinta días por el pretor Anicio, fué tratada de igual modo y lo mismo el Epiro, al cual se intimó que entregase al erario todo el oro y la plata; por último, setenta ciudades, donde habían entrado los Romanos con el pretexto de expulsar á las guarniciones extranjeras, fueron desmanteladas, y se pusieron en venta ciento cincuenta mil prisioneros. Un decreto del Senado anunció al mundo esta nueva magnanimidad, señalando á todos los ejemplos de la Macedonia y la Iliria como prueba de que Roma estaba dispuesta á reivindicar sus derechos devolviéndoles la libertad.

Se había reservado el Senado al fin de la guerra castigar no solo á los que habían sido contrarios á su causa, sino también á los que se habían mostrado menos celosos en sostenerla. En este concepto había experimentado Ródas igual suerte que el Epiro, si Catón no hubiese osado poner un dique á tan arrogante pretension, diciendo que la única intencion de aquella gloriosa república marítima había sido conservarse independiente, y que si había deseado la victoria de Perseo, tal debía ser el voto de todo el que atendiese á su propio bien, y viese en la caída de aquel la servidumbre comun. ¿Y qué? continuó: ¿castigaréis la voluntad? Pero vosotros ¿cómo os conducís cuando os interesa? ¿Decís que son soberbios? ¿Os disgusta que los demas lo sean como vosotros? Con semejante franqueza obtuvo que Ródas fuese privada solamente de los derechos sobre la Siria y la Caria, que se le había dado de los despojos de Antíoco; porque esta república, semejante por tantos conceptos á Venecia, se perjudicó como aquella por querer posesiones en tierra firme, las cuales prepararon su ruina.

No nos separaremos de ella sin recordar el desastre que la alcanzó en 227. Graves convulsiones agitaron la naturaleza, alzaron del mar una nueva isla en las Cícladas, y causaron tal sacudimiento en Ródas, que destruyeron su puerto, las dársenas, los palacios, é hicieron pedazos su admirable coloso. Los Rodios sin embargo tenían tantas relaciones en el exterior, y habían adquirido tal importancia, que sin rebajarse, antes bien manejándose hábilmente, indujeron á los príncipes y á las ciudades á in-

*Victor aget currum, cosis insignis Achivis.  
Eruct ille Argos, Agamemnoniasque Mycenae,  
Ipsumque Aacidem, genus armipotentis Achillei;  
Ultus avos Traja, temerataque templa Minervae.*  
Virg., *En.*, VI.

demnizarlos de los daños. Hieron y Gelon de Siracusa contribuyeron con sesenta y cinco talentos de plata, cinco para el aceite necesario á los ejercicios de la palestra, calderas y cántaros de plata para el mismo objeto, diez talentos para los sacrificios, otros tantos para los pobres, y cincuenta catapultas de tres codos. Declararon además exentos de derechos á todos los Rodios que llegasen á su reino; y como para manifestarles su gratitud por haber aceptado sus socorros, erigieron en el mercado de Ródas dos estatuas que representaban á aquel pueblo coronado por el Siracusano. Tolomeo les ofreció trescientos talentos de plata, un millón de medidas de trigo, madera para construir seis bajeles de cinco órdenes de remos y diez de tres, estopa y tela para el servicio de estos, y veinte mil medidas de trigo para proveer diez triremes, además de doce mil que les dió con motivo de los espectáculos. Aparte de esto ofreció también tres mil talentos de bronce para refundir al coloso, cien arquitectos y trescientos cincuenta operarios, pagados mientras fuera menester hasta restaurar los edificios. Antígono envió tres mil vigas para techumbre, muchísimas tablas para tabiques, valor de tres talentos en hierro, de mil en brea y otros tantos en resina y ciento de plata; á lo cual añadió su mujer Criséida cien mil modios de trigo y tres mil talentos de plomo. Seléuco, padre de Antíoco, concedió varias inmunidades á los Rodios que llegasen á sus Estados, y les remitió diez naves de cinco órdenes de remos, doscientas mil medidas de trigo, cinco mil codos de madera de construcción, resina y estopa para calafatear las naves. Igual generosidad mostraron Prusias, Mitridates y otros señores del Asia, y aun mas las ciudades; «cuyas cosas hemos referido (dice Polibio), primeramente para mostrar la magnificencia de los Rodios en las instituciones públicas, cualidad que los hace dignos de elogio y de imitación; en segundo lugar para dar á conocer cuán mezquinos son hoy día los dones de los reyes y cuán poco reciben de ellos las naciones y las ciudades; y últimamente, para que los reyes que se alargan á dar cuatro ó cinco talentos, no crean haber hecho gran cosa, ni pretendan obtener de los Griegos la benevolencia y el honor que tuvieron los antiguos monarcas; y para que las ciudades, considerando la magnitud de los dones pasados, no remuneren desmesuradamente los pequeños y miserables de hoy con tan grandes y solemnes honores.» La ingratitude del Senado de Roma con los Rodios alcanzó también á Eumenes, pues habiendo concebido recelos de su prosperidad y engrandecimiento, lo miró con desprecio amenazador, y al cabo le quitó la corona para dársela á su hermano, Átalo II.

457.

Prusias, á quien le costaba poco envilecerse, fué en persona á justificarse con la cabeza afeitada y el birrete de los libertos, y postrado de hinojos en los umbrales de la curia, exclamaba: *Salud, oh númenes conservadores; aquí*

*tenéis á un liberto vuestro, pronto á obedecer cualquiera orden.* Con esta abyeccion, y con dejar en rehenes á su hijo, conservó la corona.

También Masinisa de Numidia envió á su hijo á quejarse al Senado de dos cosas: la primera de que hubiese implorado de él socorros, cuando tenía el derecho de exigirselos; y la segunda de que hubiese querido pagarle el grano suministrado, cuando la propiedad de su corona pertenecía al pueblo rey, bastándole á él el usufructo.

Estas y otras viles embajadas fomentaban el insolente orgullo de los Romanos, que desde aquel momento concibieron la idea de convertirse en señores del mundo, renunciando al papel de árbitros que habían desempeñado hasta entónces.

Á este pensamiento subordinaron sus negociaciones con los demas sucesores de Alejandro, esforzándose en buscar toda clase de medios para debilitarlos durante la paz, á fin de que no pudiesen defenderse cuando se les hiciera la guerra. Ocho años tenía Tolomeo V cuando le envió Roma embajadores, dándole las gracias por el constante afecto que el Egipto había mostrado á la república aun en sus desastres, y anunciándole la paz celebrada con Cartago (página 264). Los tutores de Tolomeo aprovecharon la ocasion para someter al rey niño á la tutela del Senado romano, que la tomó de buen grado. Marco Lépidio, destinado á este cargo, lo confió al Acarniano Aristómenes, hombre tan versado en los negocios como prudente y fiel: pero el Egipto había ya perdido las posesiones de la Siria, conquistada por Antíoco III, si bien este las había ofrecido en dote á su hija Cleopatra, prometida esposa del joven rey (1). Tolomeo, luego que á

Tolomeo Epifanes.

201.

198.

(1) Pertenece á este tiempo la columna de Rosetta, que hemos descrito en otra parte. (Pág. 264.) En honor de Tolomeo Epifanes dieron los sacerdotes en Méfis este decreto: En el año noveno, del mes de mehir (marzo, 196), los pontífices y profetas, los que entran en el santuario para vestir á los dioses, los pteróforos, los hierogramatas y todos los demas sacerdotes, que de todos los templos situados en el país han llegado á Méfis cerca del rey para la solemnidad de la toma de posesion de esta corona, que Tolomeo siempre vivo, el predilecto de Ftá, dios Epifanes, graciosísimo príncipe, heredó de su padre; hallándose todos reunidos en el templo de Méfis, han pronunciado en este día el siguiente decreto:

«Considerando que el rey Tolomeo siempre vivo, el amado de Ftá, dios Epifanes, bondadosísimo, hijo del rey Tolomeo y de la reina Arsinoe, dioses Filopatores, ha hecho toda clase de beneficios á los templos y á quienes en ellos moran, y en general á todos cuantos están bajo su dominio; que siendo dios hijo de un dios y de una diosa, como Horo, hijo de Isis y Osiris, vengador de Osiris su padre, y anheloso de señalar generosamente su celo por las cosas que conciernen á los dioses, consagró al servicio de los templos grandes rentas, tanto en dinero como en grano, é hizo considerables gastos para restablecer la tranquilidad en Egipto y erigir en él templos;

«Que no ha omitido medio que estuviese en su poder para ejecutar actos de humanidad; que con el objeto de que durante su reinado el pueblo, y en general todos los ciudadanos, viviesen en la abundancia, abolió enteramente algunos tributos é impuestos establecidos en Egipto y disminuyó el importe de otros; que además perdonó cuanto se le debía de los derechos de regalia, tanto por parte de sus súbditos del Egipto, como de los naturales de sus demas reinos, aun cuando por su cantidad no fuesen insignificantes tales derechos; que puso en libertad á los que habían estado encareados y por mucho tiempo sujetos á juicio;

los catorce años tomó las riendas del gobierno, corrompido por los aduladores, se manifestó un malvado; condenó á muerte á Aristómenes que se atrevía á reconvenirlo; y con sus desórdenes excitó una sublevación peligrosa, calmada no

184.

» Que ordenó se continuasen percibiendo en el país las rentas de los templos y las regalías que se les pagaban cada año, tanto en dinero como en granos, no ménos que las partes reservadas á los dioses sobre los viñedos, los huertos y sobre todas las cosas á que tenían derecho en tiempo de su padre;

» Que dispensó á los que pertenecen á las tribus sacerdotales del viaje anual á Alejandría por agua;

» Que dispuso fuesen mantenidos en la posesión de sus bienes los ciudadanos que habían abandonado á los rebeldes armados, y aquellos cuyos sentimientos habían sido contrarios al gobierno en los tiempos de turbulencias, y en seguida habían vuelto á sus deberes;

» Que habiendo entrado en Méfis como vengador de su padre y de su corona, castigó como merecían á los jefes de aquellos que se habían rebelado contra su padre, y habían devastado el país y despojado los templos.

» Que hizo muchos donativos á Apis, á Menevi y á los demás animales sagrados de Egipto;

» Que mandó ejecutar magníficas obras en el templo de Apis, suministrando para ellas gran cantidad de oro, de plata y de piedras preciosas; que agrandó los templos, los oratorios y los altares, haciendo las convenientes reparaciones en los que las necesitaban, con el celo de un dios benéfico hacia todo cuanto á la divinidad concierne; que habiéndose informado del estado en que se hallaban las cosas más preciosas contedidas en los templos, las ha renovado en su reinado en cuanto ha sido necesario, en recompensa de lo cual le han concedido los dioses la salud, la victoria y los otros bienes... debiendo continuar en él la corona é igualmente en sus hijos hasta la más remota posteridad;

» Los sacerdotes de todos los templos del país han tenido á bien decretar: que se aumenten considerablemente los honores correspondientes al rey Tolomeo, siempre vivo, amado de Ftá, dios Epifanes, bondadosísimo, lo mismo que los que se deben á su padre, y á su madre, dioses Filopatores, y los que son debidos á sus abuelos; que en todo templo se erija la estatua del rey Tolomeo, siempre vivo, y se coloque en el lugar más público, llamándola la estatua de Tolomeo, vengador del Egipto: cerca de dicha estatua se situará el dios principal del templo que le presentará el arma de la victoria disponiéndolo todo del modo más conveniente; que los sacerdotes hagan tres veces al día el servicio religioso cerca de la dicha estatua, la cubran con los sagrados ornamentos, y cuiden de tributarle en las grandes solemnidades todos los honores que según el uso deben rendirse á los dioses; que se consagre al rey Tolomeo una estatua y un nicho dorados en el más santo de todos los templos, y que el nicho se coloque en el santuario con todos los demás, y en las grandes solemnidades, en las cuales es costumbre sacar de los santuarios los nichos, se saque también el del graciosísimo dios Epifanes; y para que pueda distinguirse mejor de los demás, ahora y en lo sucesivo se le pondrán las diez coronas de oro del rey, que en la parte anterior llevarán un áspid, á imitación de las coronas en figura de áspid que están en los otros nichos, y en medio de las coronas se pondrá el ornamento regio llamado *pouchent*, el que llevaba el rey al entrar en Méfis en el templo, á fin de observar en él las ceremonias legales prescritas para tomar posesión de la corona; que además se fijen al tetrágono que circunda las diez coronas, de las que se ha hablado, filactérios (\*) de oro con la inscripción: *Este es el nicho del rey, que hizo famosas la región superior y la inferior*; que cada año se celebre una fiesta y se reúna una gran asamblea (panegiria) en honor del por siempre vivo, el amado de Ftá, el rey Tolomeo, dios Epifanes graciosísimo, fiesta que se celebrará en todo el país, tanto del Alto como del Bajo Egipto, y durará cinco días, principiando en el mes de Tot, durante los cuales los que hagan los sacrificios, las libaciones y todas las demás ceremonias de costumbre llevarán coronas, serán llamados sacerdotes del dios Epifanes Eucarista (graciosísimo), y añadirán este nombre á los demás que toman de los dioses á cuyo servicio están ya consagrados.

» Y á fin de que se vea por qué se glorifica y honra en Egipto, como es justo al dios Epifanes, graciosísimo monarca, se esculpirá el presente decreto en una columna cuadrada de piedra dura en caracteres sagrados y en letras griegas, columna que se colocará en cada uno de los templos de primero, segundo y tercer orden en todo el reino.»

(\*) Listas de pergamino con inscripciones.

(N. del T.)

obstante por su ministro Polierates. Se dijo que había favorecido aquella conmoción Antíoco de Siria, suegro de Tolomeo; por lo cual siempre le conservó este rencor, y con grandes ofertas excitó y sostuvo la guerra que le hicieron los Romanos. Á los veintiocho años sus vicios lo precipitaron en la tumba.

Sucedióle Filometor, niño de cinco años, bajo la tutela de Cleopatra, que gobernó de un modo digno de elogio; pero muerta esta, pasó la regencia á manos de Leneo y el eunuco Eubeo, los cuales hicieron valer ciertas pretensiones á la Celesiria y la Fenicia, prometidas en dote á Cleopatra, con cuyo motivo rompieron las relaciones con Antíoco IV Epifanes. Declarada la guerra, se apoderó Antíoco de Egipto hasta Alejandría, é hizo prisionero á Filometor. Habiendo elegido entónces los Alejandrinos á su hermano Fison para reemplazarlo, Antíoco restableció á Filometor, no por generosidad, sino á fin de que haciéndose la guerra entre sí los dos hermanos, se arruinasen mutuamente y le facilitasen la conquista del Egipto. Conociendo estos su intención, se hicieron amigos, y para oponerse á Antíoco abiertamente y por todos los medios declararle la guerra, recurrieron á Roma. Popilio Lena, embajador romano, se presentó á Antíoco intimándole que abandonase las proyectadas conquistas, y como este solicitara tiempo para deliberar, Lena describió alrededor de su persona un círculo con su espada, diciéndole que no saldría de él sin tomar una resolución. Antíoco debió ceder, y el Senado contestó á sus embajadores que se congratulaba de que hubiera obedecido. Así trataba Roma á los reyes después de haber vencido la Macedonia; y aceptando Antíoco la paz que se le dictó, tuvo que ceder á Chipre y á Pelusio.

Otra escena de réguas humillaciones. Los dos hermanos Tolomeos dividieron el reino, tomando para sí Filometor el Egipto y Chipre, y Fison Cirene y la Libia; pero pronto surgieron cuestiones entre ambos; y obligado Filometor á huir, llegó á Italia, y en mezquino equipaje, á pié y lleno de polvo entró en Roma, alojándose en la miserable vivienda de un pintor alejandrino. El Senado, que se regocijaba de esto, le ofreció sus excusas, y lo invitó á presentarse en traje más conveniente á exponer sus quejas, oídas las cuales se interpuso y reconcilió á los hermanos. ¿Pero qué valían los juramentos subsistiendo las causas y las ambiciones? Muy pronto ocurrieron nuevas luchas: Fison pretendiendo mayores posesiones, pasó á Roma, que atendiendo más que al derecho á su interés, le dió la razón, con lo cual tomó soldados asalariados en la Grecia y volvió á la Libia. Sin embargo de estar sostenido por los Romanos, tenía contra sí el voto de los pueblos, maltratados mientras reinó: por tanto, después de varias alternativas, fué vencido y hecho prisionero por Filometor, que olvidando sus faltas, no solo lo perdonó, sino que además le concedió á Cirene y la Libia, agregándole algunas ciudades y des-

Tolomeo VI.  
181.

170.

166.

163.

posándolo con su hija. Semejante clemencia desarmó á los Romanos, que por entónces dejaron respirar al Egipto bajo la autoridad de Filometor.

Siria. En cuanto á la Siria, florecía todavía con las hermosas provincias de la Comagene, de la Círreística, de la Seleúcide y de la Palmirene. La Seleúcide fué llamada también Tetrápolis por las ciudades que Selúco Calínico fundó en los ricos valles entre el Antilibano y el gran mar, llamadas Antioquia, Seleucia, Laodicea y Apamea. Antioquia, reina del Oriente, sobrevivió al reino de los Seleúcidas; de Laodicea procedían los vinos renombrados del país que se llevaban al Mediodía del Asia Menor; y Palmira debía su prosperidad á las caravanas que atravesaban aquel desierto y establecían comunicaciones entre la India y la Europa.

Antíoco Epifanes, á quien hemos nombrado muchas veces, había sucedido á su hermano Selúco IV Filopator, hijo pacífico del guerrero Antíoco el Grande. Educado en Roma, donde había estado en rehenes, al subir al trono trató de combinar el fausto de la Siria con la popularidad de los Romanos; pero no consiguió más que hacerse objeto de odio y desprecio. Solo, con dos ó tres siervos, vestido modestamente, salía por Antioquia: pasaba las horas en las tiendas de plateros y grabadores, disputando acerca de su arte; se mezclaba con el vulgo á beber y bromear; se presentaba de improviso en donde se celebraban banquetes y festejos, y corría por las plazas estrechando la mano á los transeuntes pidiéndoles su voto, oyendo los pequeños litigios de compras y ventas, como se practicaba en Roma. Además en los baños á presencia de todos se abandonaba á indecencias que en vez de hacerle *ilustre*, como él se titulaba, lo hacían objeto de universal ludibrio.

Este rey halagó á los Romanos á pesar del odio que les tenía; hizo la guerra con prosperidad al Egipto que le disputaba la Palestina y la Celesiria; tomó á Pelusio, y en vez de exterminar á los habitantes, los perdonó, con lo cual indujo á muchas ciudades á sometersele. Habiéndose apoderado de Tolomeo Filometor, lo trató cortesmente, luego valiéndose, como hemos visto, de la enemistad de este con su hermano Fison, estaba á punto de unir el Egipto á la Siria, cuando interponiéndose arrogantemente los Romanos, lo obligaron á soltar la presa y á que aceptase la paz que le impusieron.

El tributo que la Siria debía pagar á Roma era nada en comparación de los regalos que necesitaba para comprar partidarios en aquella ciudad, donde todo se vendía. Agréguese á esto el lujo cada día mayor de la corte, y del cual hizo principalmente ostentación Antíoco en la espléndida fiesta dada en Dafne, célebre por el oráculo que hizo olvidar á Apolo y Diana, y por las infames costumbres de que allí se hacía gala. En la solemne procesion que inauguró los juegos dados por el rey, abrían la marcha cinco mil jóvenes vestidos de soldados romanos; se-

Fiestas en Dafne.  
466.

guían luego otros tantos ataviados á la misia, tres mil Cilicios de armadura ligera con coronas de oro en la cabeza, otro tantos Tracios, cinco mil Galatas con los escudos de plata, cuatrocientos ochenta gladiadores, mil jóvenes en estupendos palafreos de Nicea, y tres mil en otros caballos, los más cubiertos de oro y con coronas del mismo metal en la cabeza. Iban después mil amigos del rey con trajes magníficos y en caballos espléndidamente enjaezados; á continuación cuatro mil jinetes con trajes bordados de oro; cien carros tirados por seis potros de frente, y cuarenta por cuatro; ochocientos mancebos con diademas de oro seguidos de las estatuas de los númenes y de los héroes de Grecia y de Siria, conducidas por hombres magníficamente ataviados y acompañados de mil pajes de Dionisio, secretario del rey, cada uno de los cuales llevaba en la cabeza un vaso de plata del peso de mil dracmas; seiscientos pajes del rey que llevaban vasos iguales de oro; en fin, doscientas mujeres con copas de oro que esparcían aguas aromáticas sobre los espectadores. Cerraban la marcha ochenta mujeres ricamente vestidas, conducidas en literas, cuyas varas eran de oro macizo, y quinientas más en sillas de manos con varas de plata.

Por espacio de un mes tuvo Antíoco mesa abierta, sirviéndose cada día en mil quinientas mesas lo más exquisito que producían la Europa y el Asia. Quince grandes vasijas llenas de preciosos perfumes estaban puestas en las salas, y cada cual puede imaginar la espléndidez de lo restante del servicio. Antíoco, dando en esto un espectáculo miserable y obscuro, corría como un loco en la procesion de una parte á otra, montado en un pequeño cuartago; durante los banquetes servía ya á una mesa, ya á otra; y en real atavío, con la diadema, precedía á los que conducían las viandas; de repente se arrojaba al suelo ó se ponía á bailar; y prescindimos de sus demás actos indecentes, que hacían volver la indignada vista á otro lado á cuantos no habían dejado su juicio en las copas. Habiendo llamado un día á los principales del reino, se hizo conducir á la sala vestido de bufon, y echándose á la larga en el suelo á la manera de los muertos, se levantó al oír una sinfonía, y principió á saltar y hacer tales muecas, que los convidados no pudieron contenerse y se fueron (1).

Tiberio Graco, enviado á la sazón por el Senado para inspeccionar los Estados de Oriente y la conducta de sus reyes, debió concebir tanto mayor desprecio de Antíoco cuanto más se humillaba este para obtener su favor, portándose con él como esclavo más bien que como rey, cediéndole su palacio y presentándole hasta su corona. Graco, por tanto, pudo asegurar al Senado que nada tenía que temer del rey de Siria.

Aun cuando Antíoco había adquirido muchas

(1) Polibio según ATENEÓ, V, 4; X, 12. — DIODORO SICULO, *Excerpt. Vales.*

riquezas en Egipto, y aunque sus amigos y las provincias de Oriente se las proporcionaban también grandes, su tesoro se iba disminuyendo cada vez mas, por lo cual, á fin de restaurarlo, se apoderó del de los templos, expediente siempre peligroso. Se habia hecho odioso también á los súbditos con su manía de cambiar las costumbres nacionales ó introducir el culto griego, no ya por celo, sino por ser mas á propósito para las pompas á que era tan aficionado. Cuando dió la orden para cambiar de trajes y cesar en las prácticas antiguas, se le rebeló Artáxias, rey de Armenia, y la Persia le negó el tributo, por cuya causa se vió en la necesidad de acudir á las armas. En esta contienda venció é hizo prisionero á Artáxias, y redujo á la obediencia á los Persas; pero preparándose para saquear el riquísimo templo de Elimáida, el pueblo se le opuso con toda su fuerza y lo rechazó.

Mas graves consecuencias tuvo su intolerancia respecto de un pueblo que hace tiempo hemos dejado oscurecido, custodiando los tesoros de la tradicion.

#### CAPÍTULO XIV

Los Hebreos.

Cuando el gran Ciro (tom. 1, pág. 390) permitió á los Hebreos volver de la esclavitud de Babilonia á su patria, muchos que en sesenta años de destierro habian establecido casa y adquirido bienes allende el Eufórates, no quisieron cambiar las fértiles llanuras de la Mesopotamia por los devastados ribazos de la Palestina, aunque fuese su patria, y permanecieron allí, ofreciendo á sus hermanos vasos de oro y plata, utensilios, jumentos y toda clase de ropas. Por eso desde aquel tiempo encontramos Hebreos establecidos en Siria, Persia y Caldea, en mayor número que en la populosa Palestina, los cuales continuaban siendo regidos segun las leyes patrias por un príncipe de la esclavitud, asistido de un Sanedrin, y celebrando sus fiestas en tiempos determinados (1).

556. Cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas de las tribus de Judá, Benjamin y Leví, como si fuesen un solo hombre, además de 7,337 siervos, volvieron á Jerusalem bajo la direccion del gran sacerdote Josué y de Zorobabel, descendiente de los antiguos reyes. Impidieron prosperar á la nueva colonia sus contiendas con los Cuteos, raza meda y persa llevada allí por Salmanasar cuando despobló el país, y que mezclándose con los naturales formaron aquella poblacion que se llamó de los Samaritanos. Estos, siguiendo las leyes de Moises, se desviaban no obstante de los Hebreos en algunos puntos de fe; así que nunca se pudieron poner de acuerdo para restablecer la nacionalidad comun con la comunidad del culto, ántes por el con-

(1) Nos sirven de autoridad en este punto los libros de Esdras y de los Macabeos, y FLAVIO JOSEFO. *Antigüedades judaicas*.

trario, los Samaritanos construyeron un templo propio en el monte Garizim cerca de Siquem, y los dos pueblos llegaron á mirarse con aquella animosidad nacional y religiosa que el tiempo no extingue, y que sobrevive á la pérdida de la libertad y de la patria.

Los Samaritanos pusieron en juego toda clase de artificios para que el templo de Jerusalem no fuese reconstruido; y decian á los reyes de Persia que examinasen los registros del reino y hallarian por experiencia que los Hebreos, gente muy mala é inquieta, apénas pudiesen recobrar su vigor, se negarian á pagar todos los tributos y les arrebatarian aquellos dominios. Por tanto, en tiempo de Cambises primero (529), y despues en tiempo de Esmérdis (522), obtuvieron órdenes que impedian á los Judíos la reconstruccion del templo; pero reinando Darío, hijo de Histáspes, se pudo terminar libremente la obra, y se consagró el altar, inmolando cien terneras, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y doce cabras. Muy distinta magnificencia se habia desplegado al erigir y consagrar el templo en los dias en que la Judea, una y libre, florecia bajo el cetro de Salomon; pero á los ancianos que lamentaban aquella diferencia predijo el Profeta que el nuevo templo superaria al antiguo, porque veria la salvacion de Israel (1).

Otros volyieron sucesivamente de Babilonia como los que vinieron con Ésdra, descendiente de Aaron, el cual, enviado por el rey persa á organizar la nacion hebrea, llevó consigo las ofrendas de este y de sus compatriotas recogidas en Mesopotamia. Ésdra, dedicándose á restablecer la ley de Moises que habia caído en olvido ó en mal uso, y valiéndose de las relaciones de los ancianos y de las copias que habian quedado, recopiló el código santo, en lo cual pudieron ayudarlo los profetas Aggeo, Zacarias y Malaquias, y tambien la inspiracion divina. Al trascribirla substituyó al antiguo carácter hebreo el caldaico, mas bello y mas cómodo; inventó las vocales y los puntos; fijó la masona (2), y escribió el mismo la historia de su tiempo (3). Valiéndose despues de la autoridad que le concedió la Persia, remedió el escándalo de los matrimonios mixtos, induciendo á los Hebreos á renunciar á las mujeres extranjeras; suprimió tambien las profanaciones del culto, y lo arregló conforme á la antigua costumbre.

(1) AGGEO II, 3.

(2) Voz hebrea que quiere decir tradicion y se aplica á una critica del texto sagrado, que fijó sus variantes, el número de los versículos, de las palabras y de las letras.

(3) Segun el Coran, Ésdra recobró muchos libros del Testamento perdidos, y los escribió con cinco plumas á la vez. No quisieron creer tal prodigio algunos Hebreos, y uno de ellos dijo que su padre habia escondido un ejemplar de los libros santos en la hendidura de una roca, adonde fueron á buscarlo, quedando maravillados de encontrarlo conforme con el escrito por Ésdra (Capítulo Baera). Los cristianos orientales creen que Ésdra se tragó un poco del fango del pozo donde habia estado sepultado el fuego sagrado ántes de la esclavitud, y que con eso consiguió la facultad de escribir de nuevo todos los sagrados libros. De los cuatro de Ésdra, el tercero y el cuarto están reconocidos como apócrifos por todos; el problema de Ésdra fué escrito por Nehemias.

Al cabo de trece años fué reemplazado por Nehemias, que condujo á Palestina otros Judíos, y ciñó de murallas á Jerusalem, acogiendo en ella la gente esparcida al principio por el campo.

Cerca de setenta mil habian regresado; y entónces sucedió en Judea lo que en el siglo pasado en la India, cuando conquistado y pacificado el país por los Ingleses, los campesinos, que á causa de las guerras intestinas se habian visto obligados á refugiarse en los puntos interiores dejando despoblados distritos enteros, volvieron á ocupar las mismas casas y los campos antiguos, como si no hubiera habido interrupcion alguna. La lengua hebrea se habia alterado en la larga residencia entre extranjeros; y las creencias habian perdido parte de su antigua pureza, degenerando en minuciosidades de prácticas exteriores y en sutilezas de palabras. Las desventuras habian consolidado, sin embargo, la esperanza en el Redentor, prometido por los profetas, si bien los Judíos se engañaban creyendo que este seria un conquistador que les daria, no solo la libertad, sino el dominio del mundo.

Corruptelas introducidas por el pueblo en el culto y las costumbres; reformas predicadas por los profetas ó prescritas por los ministros de Persia; litigios con estos; disputas con los Samaritanos, que cada vez se encenagaban mas en el paganismo, forman la escasa historia que nos queda de los Hebreos de aquel tiempo. Dependian estos de los sátrapas de Siria; pero conforme iba declinando el poder persa, se aumentaba la autoridad de los sumos sacerdotes, como sucedió á los obispos de la edad média; tanto que al fin llegaron á ser jefes de la nacion.

Los Persas continuaron en paz con los Hebreos, que, agradecidos, sostuvieron á sus reyes, y especialmente á Darío, último de aquellos. Refiere Flavio Josefo que habiendo sitiado á Tiro Alejandro Magno, pidió subsidios á los Hebreos, los cuales se los negaron, como obligados que estaban á ser fieles á Darío. Indignado aquel, se dirigió sobre Jerusalem; pero el gran sacerdote Jaddo le salió al encuentro con toda la pompa del traje pontifical, y le dijo que los profetas de su nacion habian anunciado su llegada mucho tiempo ántes. Quedó sorprendido el Macedonio de aquella majestad, y refirió que ántes de su expedicion se le habia aparecido un personaje vestido de igual modo, exhortándolo á la conquista; por lo cual, aplacada su cólera, dejó en paz á los Judíos, permitiéndoles conservar sus leyes, y hasta eximiéndolos del tributo en los años sabáticos; por esto muchos se alistaron en sus ejércitos, así como otros habian militado con Jérges. Los Samaritanos tambien le ayudaron eficazmente contra Tiro y en Egipto, y lograron la misma exencion cada séptimo año. Aquel rey estableció muchos Hebreos en su nueva ciudad de Alejandria, concediéndoles libertad de religion é inmunidades iguales que á los Macedonios;

así es que tenian un étnarca que los gobernaba, juzgaba sus diferencias, cuidaba del comercio, daba las órdenes y las hacia cumplir, como haria el jefe de un reino bien consolidado.

Despues de Alejandro, la Palestina corrió igual suerte que la Fenicia y la Celesiria, sujetas al dominio del rey de Siria. Tolomeo I sitió á Jerusalem, y sabiendo que los Hebreos no combatirian en sábado, la asaltó aquel dia, y habiéndolos vencido, trasladó cien mil á Alejandria, algunos de los cuales se extendieron aun mas adelante por el África hasta Cirene (1) y la Etiopia.

Los Samaritanos, observadores ménos rígidos de la fidelidad jurada, se ponian de parte del mas fuerte, y así prosperaron y edificaron á Siquem para capital. Reconocian un solo Dios que envió á Moises, cuyos libros eran para ellos los únicos cánones de fe, no los profetas, ni los historiadores, ni la tradicion. La circuncision, segun sus creencias, no podia aplazarse mas allá del octavo dia despues del nacimiento. Á diferencia de los Judíos, jamas tenian dos mujeres, ni se casaban con las sobrinas; y se lavaban despues del acto conyugal ó despues de toda contaminación accidental. Observaban el sábado con tal rigor, que en semejantes dias no encendian fuego, ni tocaban á sus mujeres, ni salian de casa para trasladarse á la Sinagoga. Su mayor solemnidad era la Pascua, y despues las fiestas de Pentecostes, de los Tabernáculos y el gran ayuno de la Expiacion; pero no ofrecian sacrificios mas que en el monte Garizim. En Siquem residia el sumo sacerdote, descendiente directo de Ruz, hijo de Finees. El Pentatéuco conservado por ellos parecia el mas auténtico, á causa de haber experimentado ménos vicisitudes, si los críticos no hubiesen probado que en ciertos pasajes está alterado de propósito. Siendo conocido de pocos el antiguo hebreo, tenian para el uso comun una version griega, la única probablemente de que oyeron hablar los primeros cristianos (2).

Aunque la ley de Moises se habia conservado íntegra en la antigua Sinagoga, los setenta años de servidumbre la habian alterado no poco en la aplicacion. Habian cesado los jubileos; se habian interrumpido las solemnidades y las penitencias; la jerarquia sacerdotal se habia arreglado al modelo de la babilónica, y se habia introducido la cábala ó tradicion, llena de opiniones y ritos caldeos. En la vida patriarcal el padre de familia, sacerdote y juez al mismo tiempo, aplicaba la ley: despues esta en la vida

(1) De Cirene era, además de Simon, que ayudó á Jesucristo á llevar la cruz, Jason, autor de una historia de los Macabeos, de la que es compendio el II libro de los Macabeos. Tambien San Lucas (Act. II, 10; VI, 9) habla de los Judíos de Cirene. Mil de aquella colonia fueron muertos en tiempo de Vespasiano por rebeldes; despues en el reinado siguiente se seblaron, y mataron sobre doscientos mil habitantes de aquella provincia. SIFILINO en *Trajano*.

(2) Durante catorce siglos ignoraron los cristianos la existencia del texto samaritano. Escaligero fué el primero que habló de él y en seguida fué traído á Europa, é impreso en las ediciones políglotas.